

El Centinela.

Periódico Democrático de la Marina

Medidas urgentes

Es imposible permanecer rápidamente sordos e indiferentes a los ayes de los vencidos en la lucha por la existencia.

CÁNOVAS DEL CASTILLO

III

de decir grandes verdades, aun muchos amarguen, porque la verdad se dice siempre cuando su publicidad es un bien; hemos de citar hechos que, aunque nos entristezcan, porque nos pueden servir de lección para la reforma necesaria; hemos de solicitar medidas duras, aunque dolorosas como amonestación a miembros del cuerpo social colectivo, porque es indispensable la curación de la dolencia que nos conduce a la ruina, a la decadencia y a la muerte. Y está visto y probado que solo el espíritu productivo necesario al progreso y bienestar de los pueblos conduce a la virilidad y grandeza de las naciones.

Cada época de la historia demanda los medios en acción que a ella corresponden. Pretender nuestra resurrección nacional empleando los procedimientos de la fuerza del absolutismo, el egoísmo individualista y la coerción que nos mantienen en el statu quo, revelador de la inercia, es caminar por la oscura senda de una muerte segura, de larga y fatigosa agonía. Fuimos con la espada y la cruz a la conquista de un mundo, que alcanzamos cuantos de gloria, causando el pavor y la admiración de las naciones; pero luego no fuimos llevar a los territorios conquistados la libertad y el arado, razón que abona la pérdida de nuestras colonias. Y es que en tanto otras naciones esparcían por todas partes el espíritu de libertad, de producción y de progreso en todas sus diferentes manifestaciones, nosotros esparcíamos en nuestros territorios coloniales el fanatismo religioso, manteníamos la esclavitud y explotábamos en explotación vergonzosa a los habitantes de las regiones dominadas.

Perdimos para siempre un vasto imperio colonial, regamos con sangre juvenil sus campos, ensangrentamos también el suelo peninsular, mermamos la riqueza, gastamos miles de millones para producir el lujo, gravamos considerablemente la hacienda y no aumentamos en población, todo por no querer seguir el camino del progreso marcado por las naciones civilizadas de este continente.

Así hemos legado a reducirnos en el territorio peninsular y adyacente, en aquel del cual un día lanzamos, por la espada y por la cruz, a los moriscos, a aquellos agricultores cuyos adelantos aun admiran Valencia y Granada en sus huertas y en sus vegas.

Con casi igual suma de hectáreas de terreno, mantiene Francia una población de 38 millones, mientras España sustenta solamente 19 millones. Y si nos fijamos en Italia, encontramos que con la mitad del territorio que España, cuenta con doble población. Es una vergüenza que dado nuestro suelo, nuestro clima, nuestros mares, nuestras dilatadas costas, nuestra posición geográfica, produzcamos tan poca población en Europa una de las naciones de menor densidad de población. ¡Lástima de tiempo perdido, teniendo que retroceder a

los tiempos de Carlos III para tomar orientación! ¡Lástima que con tanto terreno improductivo en la Península suframos la despoblación de una constante emigración!

Es indispensable que los gobiernos futuros tomen una orientación política que responda al carácter agrario, porque no podremos salir del atolladero económico y social en que desgraciadamente nos encontramos, si no robustecemos la producción nacional. De no hacerlo así, nada de extraño tendría que los ministros de Hacienda, andando el tiempo, se incautaran de todas las fincas de la nación para cobrar unos pechos que las tierras no pudieran producir.

Ciegos están los que no vean que con la escasa producción se encarece la alimentación del pueblo, que importando más de lo que exportamos nuestra moneda desmerece en los cambios, acusando un margen en favor de nuestra pobreza en aumento, que no produciendo el labrador no puede pagar grandes jornales a los obreros y que no estando éstos bien retribuidos tienen que asociarse e imponerse ante la necesidad de una vida más cara de lo que ellos pueden gastar, produciendo un constante malestar social y un perjuicio grave a la causa del orden y del concierto general.

No, no es posible permanecer estúpidamente sordos e indiferentes a los ayes de los vencidos en la lucha por la existencia.

Es menester ver por los propios ojos la espantosa miseria que entristece el hogar de los pobres. El hombre pudiente debe sentirse avergonzado de pertenecer a una sociedad que permite la aniquilación de las familias por el hambre.

Por egoísmo, por instinto de conservación, ya que no por deber, por humanidad y por justicia, los hombres pudientes, los adinerados debían procurar la resolución del gran problema social, sin esperar a que los vencidos en la lucha por la existencia empleen los medios violentos que forzosamente habrán de venir si a tiempo no se toman medidas equitativas para impedirlos.

En todos los países cultos y civilizados la cuestión social es el problema preferente y se ocupan de resolverlo no a tiros, ni a disturbios, sino con medidas de justicia. En España no sucede lo mismo. Aquí porque el insigne Sr. Canalejas habló en el Congreso el año pasado, desde el banco azul, de los llamados *latifundios*, le tuvieron por demagogo, por hombre peligroso, cuando bien mirado sus teorías acusan una gran clarividencia, un pensamiento de noble justicia, una previsión digna de todo encomio.

Hay que hacer producir más de lo que produce el territorio español, para que la mayor producción aumente nuestra riqueza y permita el mejoramiento de nuestro estado social y el desahogo del Erario público, sin tanto gravamen para los contribuyentes. Esta medida regeneradora no puede adoptarse sino expropiando la riqueza territorial improductiva y entregando a los pobres la oculta, puesto que sus poseedores no saben que les pertenece cuando no la manifiestan.

No hablamos de repartir la riqueza, sino de la cantidad de riqueza a repartir.

(Continuará)

SALUDO AL NUEVO PARTIDO

EL CENTINELA, leal y convencido soldado del ejército canalejista, envía al Jefe del partido democrático liberal, excelentísimo Sr. D. Eugenio Montero Ríos, su saludo, lleno de respeto y de afecto.

Han sido, por dicha para el país, inútiles los maquiavelismos y asechanzas de inquietas ambiciones; resultó labor estéril la realizada por espíritus ruinmente apasionados. Triunfó la verdad, la nobleza, la democracia sin amaños ni convencionalismos.

Era D. Eugenio Montero Ríos el señalado. Designáronle para tan alta misión cuantos elementos de valía y de prestigio han permanecido fieles al ideal democrático, los que esperan del nuevo partido el afianzamiento de una monarquía democrática que establezca la paz y la prosperidad del país.

Es tal el patriotismo del Sr. Canalejas, que a pesar de ser él el Jefe del partido democrático y tener las generales simpatías en España, no ha titubeado en acatar como su Jefe al Sr. Montero Ríos. ¡Cuán distinto es el proceder de otro prohombre, quien por no poder alcanzar la jefatura no acepta la proclamada! Y es que en el señor Canalejas, siempre correcto y patriota, puede más el bien de la Patria que sus conveniencias y amor propio, lo cual aumenta más nuestro cariño hacia él.

Montero Ríos inspira confianza al trono por su caballerosidad y lealtad, y confianza a los demócratas por su amor a la democracia. El anciano canonista halla su brazo derecho en el ilustre Sr. Canalejas y unidos como están felizmente, podrán dirigir con éxito seguro un gran partido popular que, respondiendo a las exigencias políticas y sociales de la época, sea el freno para las demasías de los rojos y para los excesos de la reacción, corrientes que hoy soplan violentas y entre las cuales navegamos sin brújula, anhelosos por un estado de libertad y de paz que permita a los buenos ciudadanos cumplir la misión a que están llamados los hombres cultos y libres.

EL CENTINELA, que se honra recibiendo las inspiraciones del Sr. Canalejas y sigue con decisión sus pasos en la política española, tiene el deber de reconocer y acatar como Jefe del nuevo partido democrático liberal al Sr. Montero Ríos, a quien envía su humilde, pero entusiasta saludo.

Qui audit, dicat

Público y notorio es que el Sr. Canalejas entró en el último Ministerio formado por Sagasta, mediante un pacto en el cual se aceptó un programa reformista de nuestro Jefe.

Público y notorio es que el Sr. Canalejas abandonó el poder porque sus compañeros de gabinete no quisieron cumplir lo que se pactara.

¡Qué diluvio de epítetos, de censuras y hasta de solapadas persecuciones cayó entonces sobre el ilustre demócrata! Y cuando luego fué a provincias a explicar a sus partidarios las causas determinantes de su retirada del Ministerio, más los liberales aún que los conservadores le tildaron de jacobino, imprudente, revolucionario y otras

lindezas de igual jaez, obstruccionando de reprobado modo sus propagandas, sobre todo en Barcelona.

Abandonó el Sr. Canalejas a los liberales formando el partido democrático, sin meterse para nada en el pleito de los liberales por la jefatura, iniciado después de la muerte de Sagasta. Y solo cuando la mayoría del partido liberal, declarada en memorable asamblea, ha aceptado el programa de Canalejas, éste, que jamás ha hecho política personal sino de ideas, no ha tenido inconveniente en perder la jefatura del partido democrático para sumarse al nuevo partido democrático liberal a las órdenes de su jefe el Sr. Montero Ríos.

Pues bien, aquellos mismos que faltaron al compromiso adquirido con el Sr. Canalejas en el Ministerio; aquellos mismos que le tildaron de radical y demagogo; aquellos mismos que se escandalizaron de su propaganda en provincias, hoy le censuran porque creen que nuestro Jefe ha moderado sus radicalismos y a la vez, ejemplo el conde de Romanones, se proclaman más radicales que aquel a quien faltaron y censuraron.

El Sr. Canalejas no ha abdicado de sus ideas, no ha modificado su programa, está donde estaba, con la bandera de la democracia desplegada a los cuatro vientos, leal a sus promesas y consecuente a sus propios convencimientos, juntándose, para realizarlos con los prohombres que piensan y sienten como él, acto que demuestra patriotismo y desinterés personal de jefatura, puesto que, como ha repetido muchas veces, busca el triunfo de los ideales y no el de las personas.

Poco importa al Sr. Canalejas, poco importa a los que le seguimos con fé y entusiasmo que la envidia y la ambición traten de rebajarle atribuyéndole contradicciones entre ayer y hoy, entre su pasado y su presente, puesto que la opinión general conoce las causas determinantes de oposición, no por cierto muy honrosas y menos consecuentes de los opositores. Lo que nos importaría fuera que un estadista de las condiciones y méritos del Sr. Canalejas no fuese discutido, porque esto evidenciaría un indiferentismo no reconocedor de la elevación de la personalidad discutida.

No es culpa del Sr. Canalejas que Moret y sus parciales hayan visto desmoronarse el castillo que la ambición levantara, que hayan perdido la apuesta tan alardeada de conseguir el triunfo en el pleito de la jefatura, que se vean reducidos a la impotencia y alejados, por lo mismo, de escalar el poder, en el que, sin duda, de lograrlo, harían lo propio que hicieron, gobernarse a sí mismos en vez de gobernar a un país ansioso de gobernación. Cúlpense los desechados por sus intemperancias, por sus ambiciones ni siquiera mal disimuladas, por sus violencias y exaltaciones y no vengán después del fracaso a hablarnos de que son más demócratas y más radicales que nuestro Jefe, que ya se les conoce. Y si tan demócratas y radicales son, si prefieren el encumbramiento de los ideales importando poco las personas, como así debe ser, lo patriótico fuera que se despojaran del egoísmo y se sumaran al partido democrático liberal para robustecerle y ayudarle a la realización de sus laudables fines.

Pero el hombre de la indemnización Mora, que escandalizó a cuantos en Cuba conocíamos sus fundamentos; el hombre tan

amante de Gibraltar inglés, el que fué ministro durante nuestra deshonrosa desgracia colonial, el que faltó á lo acatado y firmado en el programa de Abril del año pasado, el que fué á visitar al Papa, no se sabe si para pedirle el apoyo para la jefatura; el que de poco no sale diputado por falta de votos, por más que sea elocuente en sus discursos y hábil en conjuras, no es el llamado á regir los destinos de una nación avara de reformas que la hagan entrar en el concierto de los pueblos civilizados, ni tiene la opinión general del país, que ya va conociendo á sus hombres, sino unos cuantos voceros de su valimiento también con ambiciones que saciar.

La época de las componendas y de los convencionalismos expira para dejar el paso franco á los hombres que quieren el mejoramiento y regeneración de su patria mediante una política clara y definida, sin clase alguna de nebulosidades, que engendren en el indiferentismo del pueblo español una esperanza.

Esta esperanza la cifra España en el señor Canalejas y puesto que éste se halla al lado y conforme con el venerable demócrata Sr. Montero Ríos...

¡Viva el partido democrático liberal!

SUS DISCURSOS

Por muchos elogios que pueda concebir la mente y por mucho que los pudiera exagerar la pluma, ni ésta ni aquella llegarían á tributar los que en realidad se merece el gran demócrata, el ilustre tribuno, el arrogante Sr. Canalejas, por sus brillantes discursos en el Congreso.

Es imposible pedir á un hombre mayor caudal de conocimientos, mayor raudal de palabra, mayor aplomo y esquisitez en la dición. Los párrafos de sus grandilocuentes discursos son ensartes de joyas brillantes que forman la corona imperecedera de su justa fama y que le proclama como el rey de los tribunos españoles.

Como es tan grande el cariño que sentimos por el eminente hombre público, por nuestro muy amado Jefe, acaso alguien pudiera decir que dominados por la pasión exageramos: pero no podrá tildarnos si lee los juicios emitidos por la prensa independiente; agena á toda pasión, como por ejemplo el diario *La Correspondencia de España*, que dice: «Día glorioso, entre los muchos gloriosísimos con que cuenta la tribuna parlamentaria española, será el de hoy, merecedor al discurso genial, vibrante, verdaderamente maravilloso, pronunciado por el Sr. Canalejas, el discurso más hermoso, más grandilocuente y más sentido que haya resonado en las bóvedas del palacio de la Representación popular.» Y llegó el Sr. Canalejas en ciertos instantes de su discurso á tal altura de admiración, que el propio Sr. Maura, volviendo el rostro á sus amigos, les dijo: «ESTÁ INMENSO».

Cuando el Sr. Canalejas suspendió su grandiosa rectificación y al salir á los pasillos del Congreso, el entusiasmo estalló de manera violenta, haciéndosele una ovación por amigos y adversarios, de vivas y aplausos. Todos manifestaban su admiración por el discurso del gran tribuno. El Sr. Navarero Reverter manifestaba que no había oído en su vida improvisación más grandiosa, ni párrafos más elocuentes. Y Salmerón y Melquiades Alvarez manifestaban su asombro.

El diario *El Liberal*, de Madrid, á su vez, dice: «Pocas veces se había visto un orador político que en tal grado y con tal unanimidad se apoderase de los ánimos de una Asamblea; poquisimas, un luchador que en tan breve tiempo se hiciese tan dueño de un campo de batalla. Ayer en el Congreso le aplaudieron los extraños aun más que los amigos, y bajo el soplo de su inflamado verbo quedaron los adversarios casi reducidos á polvo.»

De poco le valió al Sr. Moret desplegar las habilidades de su talento y de su palabra para poner en evidencia supuestas abdicaciones en el Sr. Canalejas, porque el ilustre demócrata, con gallardía sin ejemplo, con emoción profunda, con acentos verdaderamente sublimes, casi le redujo á polvo.

«Golpes como el sufrido por el Sr. Moret en esta decisiva lucha de las ideas frente á las ambiciones del personalismo, dice *El Demócrata*, no se curan tan pronto como se lo parecerá al descalabrado.» Y es tal el descalabro sufrido por el Sr. Moret que si la Asamblea de los liberales volviera á tener lugar, seguramente no llegarían á veinte votos los que obtuviera.

No puede impunemente un político tan tornadizo como el Sr. Moret jugar siempre con los prohombres y con la opinión. En el entierro de su política taimada, el Sr. Ca-

nalejas ha cantado los responsos. Que descansan en paz el político liberal más funesto que hemos aguantado.

Para que nuestros lectores puedan leer y guardar los incomparables discursos de nuestro respetable y querido Jefe, en el folletín de este número y en el del próximo los publicaremos.

¡Llor eterno al Sr. Canalejas!

DIALOGO

Entre Doña Farsa y Doña Astucia

(CONCLUSIÓN)

Doña Astucia.—Te confieso, amiga doña Farsa, que estoy disgustadísima por no haberse aprobado la toma de posesión de un cargo que me corresponde y esto me tiene contrariada en extremo; pero ó yo no he de poder nada ó he de descubrir la mano oculta que estorba mis planes y dificulta mis éxitos para aplastarla con el peso de mi poder político.

Doña Farsa.—Déjate, amiga mía, de ridiculas bravatas. Demasiado sabes que tu poder va en descenso y que nada has de poder contra esa mano que te anula.

Doña Astucia.—¡Ira de Dios! ¿Que nada podré? Ya verás. Recorreré los pueblos de la Marina, recordaré los bienes que he prodigado á los caciquillos, la inmoralidad en que les he dejado medrar, y ó son unos ingratos mal nacidos ó han de emprender una campaña colosal que haga temblar á toda la provincia.

Doña Farsa.—Me temo que te engañes. Lo más factible será que Alcoy, Pego, Denia, Orihuela y Dolores, unidos como parece que están Canalejas y Capdepón, constituyan verdaderos recintos murados, inaccesibles á sus enemigos. Yo creo que los tuyos te abandonarán cuando noten tu decadencia y tendrás que dejar el campo de tus empeños. A pesar de llamarle Astucia, no has sido todo lo astuta que el caso requería, porque si lo hubieses sido, habrías accedido á transigir, sacando lo que pudieras de tu difícil situación; pero tú, lejos de la prudencia, has hecho alardes de fuerza, has apelado á actos políticos tan innobles, has galleado y ofendido tanto, que no debes esperar consideraciones políticas de ninguna especie.

Doña Astucia.—Con paciencia te he escuchado y veo con pena que tus razonamientos de hoy son bien distintos á los de ayer. No me explícate ese cambio. ¿Acaso no puedes cumplirme lo que me has ofrecido?

Doña Farsa.—Parece que has olvidado cómo me llamo. Yo me acerqué á ti porque no cabía ya en ninguna parte. Todos me conocían lo suficiente para no fiarse de mí y no tuve más remedio que buscar un Jefe liberal despechado y ambicioso y unirme á ti para ver si por tu necesidad pescaba algo. En esto no me equivoqué, porque algo tengo; pero en aquello, no me he llevado mal chasco. No puedes quejarte de mí. He formado más comités que días tiene el año, para demostrarte que soy un buen aliado; mas ¿qué hacemos con tanto centro político si tu papel está en baja? Ese Canalejas nos parte por el eje, y tu con tu astucia y yo con mi farsa nos vamos á quedar como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando.

Doña Astucia.—No me atormentes, amiga. ¿No tenías tantas relaciones con Moret, con Weyler y hasta con el Archipámpano de Toledo? Pues escribe, ofrece, trabaja, hasta llegar por donde puedas, que mis fuerzas serán tuyas, como tus influencias serán mías. Alma, amiga mía, y vengamos al Goliat que nos desafía.

Doña Farsa.—Weyler me conoció y nada ya puedo esperar de él, y en cuanto á Moret, ni me conoce ni se conoce. Harto hará si se defiende á sí mismo. ¿A quién voy á escribir, qué he de ofrecer y cómo voy á trabajar? Mal, muy mal, amiga Astucia, veo el asunto.

Doña Astucia.—No tenemos más remedio que esperar á ver venir los acontecimientos y obraremos según las circunstancias demanden.

Doña Farsa.—De todos modos negro, muy negro es el porvenir. Canalejas en la Marina viene á ser para nosotros una espina en la garganta.

Doña Astucia.—Nos haremos republicanos.

Doña Farsa.—Eso faltaba para acabarnos de acreditar y para no mandar nunca en lo sucesivo.

NO EMPECEMOS

En la festividad de la Purísima en el convento de frailes franciscanos de este

pueblo, el día 8 del actual, hubo sermones contra la democracia y los demócratas.

De nada les sirve á esos reverendos padres el ejemplo de lo que sucede en Francia, en donde, por meterse en política, son perseguidos y expulsados de aquel territorio.

No ya porque la política no es la misión del fraile, sino por propio instinto de conservación, los seráficos no debieran inmiscuirse en cosas terrenales muy ajenas á su orden.

Verdad que en España actualmente no corren las órdenes monásticas el peligro que en Francia; pero no sabemos lo que sucederá el día de mañana si los conventos se convierten en centros de propaganda política.

No es noble, no es justo, no es cristiano apoderarse en lo religioso de las conciencias para después inclinar á los creyentes á la política.

La religión no es patrimonio de ningún partido político, pues siendo distinto el gobierno de los cuerpos al gobierno de las almas, la creencia y la fé cristianas caben dentro de todos los partidos. Engañan á sus oyentes los que predicán otra cosa.

No queremos, en beneficio de los frailes, impugnar las falsas teorías predicadas desde la cátedra del Espíritu Santo por un fraile inexperto, porque tendríamos que ser duros y no deseamos servir de piedra de escándalo. Preferimos ser maltratados, cargarnos de razón, desempeñar el papel de víctimas. Pero que no se abuse de nuestra paciencia, que ésta tiene sus límites, y hagan que nosotros, contra nuestra voluntad, nos veamos precisados á devolver golpe por golpe y digamos con claridad lo que no ha de convenir á los frailes.

Si hay en esta localidad políticos interesados en que los frailes ataquen á los liberales demócratas de Benisa, los religiosos no deben prestarse á la parcialidad, porque ellos han de vivir de todos y el día de mañana nadie lo ha visto.

Hoy mismo, en que escribimos, leemos el extracto de los discursos pronunciados en el Congreso el día 7 del actual y en ellos vemos que Maura, el religioso Maura, el defensor acérrimo de las órdenes religiosas, en un brillante período contestando á Nocedal, ha declarado que él siempre ha separado el catolicismo de las cuestiones del Estado. «Los que como el Sr. Nocedal, —dice,— las confunden, pulverizan la idea del catolicismo.»

Nosotros que aplaudimos el comportamiento evangélico del señor Cura párroco de este pueblo, quien atiende con humildad, caridad y bondad los deberes de su ministerio sin mezclarse para nada en política, censuramos el proceder de los frailes, quienes, como dice el Sr. Maura, pulverizan la idea del catolicismo.

No, no es posible que nosotros veamos en los que maldicen la libertad y condenan la democracia á ministros de Jesucristo, de aquel gran demócrata que con su sabia y divina doctrina redimió á la humanidad de la esclavitud y del pecado. El que se llama religioso, el que sube á la cátedra del Espíritu Santo, el que toma la cruz con la imagen del Cristo, el que invade la Iglesia una, santa, católica y apostólica para sembrar la semilla de la discordia, ese es el que tiene enroscada en sus pies la serpiente de referencia, transmitiendo á su inteligencia y de ella á sus labios todo el veneno de Belial.

El que profane el púlpito, el que corrompe la armonía social entre sus feligreses, el que abusa de la libertad en donde nadie puede contestarle, convirtiéndolo en tribuna de club lo que es cátedra del espíritu de Dios, todo amor, todo perdón, todo paz, no tiene derecho á pedir que se le guarden las consideraciones debidas al carácter religioso que reviste.

Sigan los frailes de Benisa en lo sucesivo la conducta que quieran; pero sepan que no hemos de amoldarnos á sufrir ataques injustos sin defendernos, que armas intelectuales y morales nos sobran para hacerlos.

Que conste

Benisa 5 Diciembre 1903.

Sr. Director de EL CENTINELA

Mi estimado amigo: No hace mucho tiempo llegó á mí la noticia de haberse formado en esta población un comité moretista, el cual apareció inserto en un diario de Alicante y en el que figuraba mi nombre. Por si acaso resultara cierta la noticia, agradeceré de usted inserte en su periódico que no he firmado este comité ni he secundado ideas moretistas; antes por el contrario, en todas cuantas reuniones he tenido, he demostrado siempre que soy del partido

liberal democrático dirigido por los señores Montero Ríos y Canalejas.

Queda de usted afectísimo amigo y condecorado, Francisco de A. Baydal.

¿Qué pasó en la constitución de ese comité moretista-torrista-catalanista, ó lo que sea, que realmente no resulta lo que el público se dice?

En efecto: afirmábase con toda seguridad que nuestro amigo el Sr. Baydal, libe- razones que respetamos, formaba parte de esa farsa política llamada Comité liberal, lo cual nos era dudoso creer.

¿No habrá en el seno del Comité de la farsa algún otro de sus individuos que se halle en el mismo caso que el Sr. Baydal? Todo podría suceder.

También hemos oído decir que el Secretario del famoso Comité no se halla muy conforme en ser juguete del Sr. Torres Orduña. ¿Piensa renunciar el cargo ó es que también le han incluido sin saber nada? Convendría que el Sr. Roselló, muy apreciable amigo nuestro, nos dijera en estas columnas si lo que acerca de él se susurra tiene algún fundamento.

Esprimiendo la naranja política del caso bien pudiéramos encontrar que no hay en ella más zumo que el de los tres concejales electos con votos del Sr. Torres Orduña. Y sobran si como dicen que dicen el mando local lo han de esperar del apoyo del señor Torres Orduña. Fáltales saber si este señor querrá ó podrá.

No sabemos si querrá entregar la iglesia á Lutero, porque debe tener muy presente el adagio «para muestra basta un botón» y el Sr. Torres no debe olvidar lo pasado, porque el que hace un cesto también puede hacer ciento y más si D. Antonio le da mimbres y tiempo.

Tampoco sabemos si podrá, porque si como es de esperar suben al poder los liberales democráticos, puede apagarse esa fragua forjadora de rayos aniquiladores de los santos que no son de su devoción.

Tenemos por seguro que si D. Antonio toma criada le ha de salir respondiendo y si no chillona.

Lo mejor que puede hacer D. Antonio, y del enemigo el consejo, es amoldarse con los suyos, ser conservador nada más y esto á las claras y liberal á las escondidas, porque el que juega con cañas ó con vidrios suele cortarse.

Y si no, adelante con los faroles, que hemos de ver cosas muy buenas.

Y al que San Antonio se la dé, San José que se la bendiga.

Nosotros en nuestro sitio.

Tiroteo

Dice *El Graduador*, de Alicante: «Los moretistas se muestran muy alicaídos.»

No nos extraña.

Lo que nos extraña es que los de por aquí andan *aliazados*, diciendo que aunque mande Canalejas, mandarán ellos.

Si, con Torres Orduña, de quien son. ¡Cuánta ilusión!

Dice un periódico de Alicante y lo aconseja, que si el Sr. Moret se entendiese con el Sr. Torres Orduña, ya lo tendría todo hecho.

Pero ¿es que no está ya entendido?

¿Ignora el colega el pacto ó lo que sea entre Catalá Gavilá y su enemigo de siempre el Sr. Torres?

Y sin embargo, ni lo tiene todo hecho, ni por aquí tiembla el orbe.

El Demócrata, comentando lo dicho en el primer párrafo, dice:

«No es poco asegurar, pero ya se verá en lo que concluyen ciertas influencias pese á cuantas cábalas y afinidades se proyecten.»

Casos y Cosas

A mediados del mes pasado se celebró en Ondara el enlace matrimonial entre la bella señorita doña Josefa Inareta Peris y nuestro querido correligionario y acudado propietario de Beniarbeig D. Pedro Gadea Llull.

Fueron padrinos de este feliz matrimonio D. Pedro Gadea Ferrando, padre del novio, y doña Francisca Pastor Mora, abuela de la novia.

Al acto asistieron distinguidas personalidades.

Desearnos al nuevo matrimonio larga luna de miel, armonía y felicidad completa en el resto de sus días y una larga prole.

Imprenta de Antonio Reus
ALICANTE

Discurso del Sr. Canalejas

(Congreso, sesión del 30 de Noviembre de 1903)

los de gloria; pero al fin no estaba, y no podía intervenir, por tanto, en vuestras deliberaciones. No pretendo recordar quién proclamó primero la jefatura del Sr. Moret en una entrevista periodística; olvidé quién dijo en Zaragoza, y en otras partes, que recababa su libertad perdida; no intenté averiguar con qué propósito circuló por toda la Prensa aquella intimación enérgica y vigorosa del conde de Romanones y del Sr. Morino a los próceres del partido; de eso no estaba enterado, oficialmente al menos; pero si hay algo que es del dominio público, algo que dijo, sin protesta ni reclamación de nadie, un importantísimo periódico de la mañana, me refiero a *El Liberal*, acerca de la reunión de ex-ministros celebrada en casa del señor Sagasta.

Ahí no pasó lo que al Sr. Moret le han dicho, y con esto no desmiento al Sr. Moret, porque el Sr. Moret ha expresado que, por circunstancias que desconozco y respeto, no asistió a aquella reunión; pero las desavenencias del Sr. Montero Ríos con el Sr. Sagasta en orden al problema religioso no consistieron en lo que algún relator, que informa sin exactitud en este pleito, le ha contado, sin duda alguna por debilidad de la memoria, no quiero decir que por flaqueza de la voluntad; al señor Moret. El Sr. Montero Ríos lo que no quiso fué que se estableciera el *modus vivendi*, porque él con el bagaje de su historia, con sus compromisos de reivindicación del Poder civil, con los antecedentes que en la política le habían dado tan alta personalidad, consideraba que iniciar aquella negociación era un error; haberla proseguido, una serie de errores, y que no poderla ultimar era una flaqueza tal del Poder civil, que entrañaba graves, invencibles, riesgos para el porvenir de la patria.

Eso fué lo que dijo el Sr. Montero Ríos. El Sr. Sagasta asintió a las palabras del Sr. Montero Ríos, porque el Sr. Sagasta, hay que hablar aquí con toda sinceridad, y tengo que decir cosas íntimas, pero no apoyandome ni en reticencias siquiera, en cartas particulares, que si se refieren a mí son apócrifas y si se refieren a otros ellos hablarán; tengo que decir que el Sr. Sagasta en los últimos tiempos de su gloriosa existencia era una especie de Rey constitucional, muy entregado a muy torpes consejeros; era una voluntad, antes enérgica y vigorosa, por los años y dolores quebrantada y anémica; no era víctima de las dificultades que le suscitaban en la obra de gobierno otros ni yo, era víctima de alguno que le inspiraba mal, que le informó con desacierto, que quiso y pudo labrar la ruina del partido liberal y que ahora—mentira parece—pide a los demás cuenta de sus obras.

¡Ah! señores (dirigese a los amigos del Sr. Moret), sonreíd cuanto queráis; yo escuché cosas más graves, y sin embargo de que con el Sr. Maura lo recordé, ofrecí contestación con una carcajada homérica. Cuando os oí hablar de la ley de Asociaciones, no me reí; comparad prudencia con prudencia.

¡Programas! Pero ahora, ante un Parlamento español, dudando tanto de la seriedad de vuestros juicios, creyendo que vuestra memoria es una pizarra por la cual puede resbalar y borrarlo todo la esponja fácil de la palabra insinuante del Sr. Moret, se os ocurre hablar del programa del 19 de Marzo. El programa de 19 de Marzo, sí, es verdad, lo escribí en la colaboración honrosa del Sr. Moret, pues yo no he de escatimar al que fué mi amigo y maestro los respetos del discípulo y las consideraciones de afecto que labrara lazos de toda especie, vicisitudes de la política, azares de la vida, tristezas compartidas todo lo que la vida, a Sr. Moret y a mí, y que él ha procurado ir destruyendo con tanta y tan deplorable insistencia.

Si; yo suscribí ese programa ¿Qué suponía aquel programa? Lo dije en el primer Consejo de ministros que se celebró, y cuyas notas conservo, y habrá quizás que publicar para que las conozca todo el mundo; yo dije lo que substancialmente he pedido después al ilustre Montero Ríos. Mientras el Sr. Moret, en las conferencias, según me dijo a mí el Sr. Sagasta, y claro está que atestigüando con los muertos acudó a la honrada sinceridad de la memoria de los vivos; mientras el Sr. Moret, para encarnar su política, exigía el ministe-

rio de la Gobernación, yo le dije al señor Sagasta que para la mía no necesitaba puesto especial en el Ministerio; que el que fuera, el último, era para mí el primero; que lo que requería era la incorporación a la obra política... no de mis doctrinas, no de mis ideas, sino de lo esencial y posible de ellas. ¡Ah, señores! Mis ideas y mis doctrinas, no caben ni en la derecha ni en el centro, ni aun en gran parte de la izquierda de la Cámara, incluso muchos republicanos.

Yo soy en mi conciencia, y honrando mis personales ideales, mucho más radical que lo suponen todas las palabras que he pronunciado, todos los artículos que he escrito; yo he dicho alguna vez más, ante vosotros, que soy un hombre de pensamientos modestos, pero nobles; encajado en una organización política, que no puedo, con la deficiencia de mis medios, con la escasez de mis fuerzas intelectuales, con la parvedad de mis palabras, encarnar y desenvolver, y que tengo que encerrarme, como hombre de gobierno, dentro de los límites que a mis deseos imponen las flaquezas de la realidad.

Yo dije entonces al Sr. Sagasta que debíamos aspirar a empresas muy grandes; que solicitando la atención de todos un gran conflicto de clases y elementos sociales, innegable para mí el rudo avance de los partidos republicanos, no había que pensar, ni en un partido de clase media, ni en una organización aristocrática y privilegiada, ni en quemar incienso, que, por fortuna, no desvanecen a quien se sienta en lo alto sereno y tranquilo, como los que ha quemado hoy en honor de la Monarquía el Sr. Moret; que en nada de eso debíamos pensar; que estábamos obligados a penetrar en el seno, en la entraña de la sociedad española, recogiendo los latidos y aspiraciones del pueblo, interpretándolas con recitudo, con sinceridad, dentro de lo posible, con aquel arte extraordinario del hombre de gobierno que quiere encarnar los amplios ideales del pensamiento en las realidades amargas y estrechas de la vida política; que así podríamos prestar, no a la Monarquía solo, a la patria antes que todo, a la Monarquía y a la patria, el más grande, el más extraordinario, de los servicios.

Entonces, y una vez limitado dentro de lo posible mi personal programa, celebré una conferencia con el Sr. Sagasta, en la cual demostré las aptitudes de su espíritu, las generosidades de su corazón, la flexibilidad de su entendimiento; en la cual me prodigó frases de afecto que no he olvidado jamás, que están de por vida grabadas en mi corazón, aunque otros puedan suponer y hagan propalar por ahí que las olvidé. En aquella conferencia brotó el germen de la unión que después se realizó, y en ella dije, como he reiterado siempre, que no necesito organizar un partido que vaya al Poder pronto ni tarde; que no necesito el Poder ni el Gobierno para nada personal; que sólo quiero servir a quien propale mis ideas, que seguir al que haga el bien de mi patria, a quien encauce las fuerzas liberales por caminos progresivos, a quien realice en lo posible mis ideales. ¿Qué desear para mí, si ya he sido todo lo que puedo ser y mucho más de lo que merecía?

El programa de Marzo era substancialmente, en su fondo psicológico, en mi pensamiento y en su génesis recóndita; en aquella conferencia, noble é íntima, con el Sr. Sagasta, lo mismo que fué luego en las honrosas entrevistas que celebré con el Sr. Moret, una obra noble y grande, altamente generosa, patriótica.

Vosotros, queridos amigos míos, que yo creía amigos políticos, ya para nunca tal vez amigos políticos, amigos particulares para siempre. Vosotros, queridos amigos, ¿me pedís a mí cuentas? ¡Ah! Quién tuviese la elocuencia del gran Castelar, fulgurando por los ámbitos de este salón, y yo os diría que aquel programa mío, no le enterrasteis en Cartagena, lo enterrasteis en el Gobierno; yo os diría que aquel programa fué escarnecido y despreciado por vosotros, y os lo voy a probar.

Yo hice, no para compararme, que en nada puedo yo compararme con hombre como el Sr. Moret; yo hice, no para compararme digo, sino para servir a mi partido, una excursión por las provincias de España. A mí no me importaba obtener una mayoría que me aplaudiese y una Prensa que me amparara; no, yo ya he escrito y he dicho cuán efímeras son vuestras grandezas y cuán transitorio vuestro poder; flor de un día, nace a la mañana y muere a la tarde; pero yo tengo ambiciones grandes de servir a la patria y obtener la confianza, no del proletariado, sino de todas las fuerzas liberales de España, ansiosas de progreso, preguntando cómo y por qué

en el siglo xx parece que no somos sino coetáneos de las naciones más atrasadas del siglo xix, diciéndonos si es verdad que estamos lejos de África en la civilización, cuando estamos, por desgracia, mucho más lejos de Europa en el progreso, y esa voluntad mía será fecunda, queriendo hacer algo beneficioso al país.

Yo ya sé que eso es incompatible con gobernantes que viven explotando el estado de sitio; yo ya sé que eso es incompatible con ministros que presentan leyes contra la difamación, porque nadie ha sufrido en sus creencias religiosas como yo, porque tuve la energía, los arrestos, de levantarme casi solo en esa campaña anticlerical que me recordaba el señor conde de Romanones, suponiendo que yo necesitaba su recuerdo, que agradezco, pero no necesito; con ministros que piensan en los resortes de las fuerzas caciquiles y en confiar la solución de la crisis agrícola de Andalucía a las ingeniosidades de cuatro oficiales de la Guardia civil.

Es muy difícil ir a propagar cuando se encuentra uno en su camino con un ministro de la Gobernación que, al llegar a cualquier parte, tiene apercebidos los resortes y los medios, más ó menos lícitos, de gastar el prestigio y hasta de comprometer la persona; con un ministro de la Gobernación que hace saber a los jefes del Ejército que al hombre que ha hecho las campañas que yo he hecho en su favor no es lícito ni consagrarle un saludo; con un ministro de la Gobernación que amenaza con la dimisión a los gobernadores civiles si es contraria la propaganda; pero todo eso fué un instrumento, al fin, de simpatía para mí, porque viendo el país democrata y republicano la conducta que seguían conmigo los que habían sido mis amigos, y al defender mis ideas democráticas, tuvo conmigo consideración, respetos, estima, que no olvidaré jamás y a que estaré agradecido siempre. (Muy bien.)

¿El programa? Aquí estamos todos presentes; este es un gran juicio oral para los reos; si lo soy yo, juzgarme y castigadme después.

¿En quién se apoyaba el elocuentísimo señor Maura, en todas aquellas grandilocuentes y extraordinarias campañas en que ha intervenido, honrando y ensalzando el Parlamento español, en qué se apoyaba para combatirme, sino en mis mismos compañeros del partido liberal? (El Sr. Maura asiente) ¿En qué se apoyaba el Sr. Silvela?

¡Ah! Hoy se le ha escapado al Sr. Moret una confesión preciosa. Nos ha dicho que el lenguaje del discurso del Sr. López Puigcerver le produjo encanto. Comprendo que a su señoría entonces le pareciera muy bien; había tenido un cruce de botanazos conmigo; yo los recibí y los contesté, y nada más. (El Sr. MORET: En la cuestión religiosa estaba con nosotros.) Pero el discurso gustó mucho a su señoría, no por eso, sino porque resultaba molesto para mí; por eso lo recuerdan tanto el Sr. Moret y los suyos (Risas.)

¡El programa de Marzo! Este programa fué el que llevé a mi propaganda. No he de buscar cartas particulares para discutir con nadie; no traigo recortes en el bolsillo, porque me basta mi memoria, que tiene recortado y almacenado todo lo indispensable para poder discutir, y sin necesidad de cartas ni recortes me acuerdo bien de lo que dijisteis en vuestros órganos oficiosos.

Un día me calificabais de vesánico, a lo cual ha mostrado una afición muy peligrosa el Sr. Moret, repitiéndome sin necesidad a cuantos le oían; otras veces me llamabais irónicamente apóstol y me exhibíais como un ente cómico ganoso de popularidad, y siempre procurabais suscitar obstáculos en mi camino. Pues bien; si yo defendía lo que vosotros pensabais; si aquí no hay política de hombres, sino, como decía el señor conde de Romanones, política de ideas; si el Sr. Moret tiene hasta compasión por mí porque abandoné las ideas, ¿por qué no tuvo la caridad entonces de recogerme cuando yo arduosamente las profesaba? (Muy bien.) ¿Por qué no me dió el aliento de su discutible autoridad, par de su mágica elocuencia, de su palabra incomparable, de sus resortes de gobierno en el ministerio de la Gobernación, robustecidos por odiosos cacicatos provinciales, en que su señoría quiere apoyar ahora su predominio en el partido liberal? No; no me apoyasteis, sobre todo un día triste y amargo para mí.

El Sr. Sagasta, que antes de hablar contestándome oyó palabras de alguien, harto sospechoso, dijo desde ahí: «Eso que el señor Canalejas profesa son radicalismos (lo recuerdo bien) incompatibles con el partido liberal.» Y ahora, ¿qué proponéis? ¿Es otra cosa?

Remos por esos caminos, con esos medios, arduosamente a suscitar la opinión pública el juicio comparativo de los unos y de los otros, para el cual no habéis empujado, con la firme convicción de nuestra rectitud, con la lealtad más grande a las ideas, con el respeto, más grande al pueblo de donde ha de derivar la fuerza que nos lleve al Poder. (Grandes aplausos)

Y en nuestro camino no encontraremos, como obstáculo para llegar al corazón de las masas, ningún proyecto de ley de difamación que escudar nuestras honras, que no necesitan defensa; no iremos acompañados con aquella siniestra ley de señalamientos con aquella siniestra ley de señalamientos... (Grandes aplausos) que nos conduciría no a la derecha del partido conservador, sino a la derecha de los anacrónicos partidos reaccionarios, incompatibles con la libertad y el progreso.

Remos sin sufrir la sugestión, las plácidas y encubiertas intimidaciones que invitaban al Sr. Moret a hacer juez de nosotros a la mayoría, tan benévola para su señoría, tan legítimamente agradecida hoy, porque hizo lo que no ha hecho jamás hombre político alguno de la oposición: prescribirse en desacuerdo con su partido, privándose de su poderosa inteligencia, de su gran autoridad, de su palabra incomparable; de su cultura, que envidio; en el momento en que íbamos a librar una batallasobre problema transcendental para la patria—a formar parte de aquella Comisión; hoy nos ha dicho que la regeneración de la Hacienda española, que el porvenir de España, está en ese proyecto ministerial. ¡Buen juez puede ser la mayoría, en algo que afecte a tal pratorno suyo!

Si; ya estoy cansado de callar. No quiero contraer la responsabilidad de impedir que entre nosotros quepa ya acuerdo armonía ni aun tal vez estimación. Dico el Sr. Moret que él ha sido objetivo de misteriosas combinaciones y de secretas y censurables cábalas. Yo no lo sé; de mi parte, no. Lo que yo sé es que desde que se planteó este debate no tuvisteis más objetivo que presentarme a mí como un traidor, como un apóstata, ansioso de someterme a una flagelación indigna, impulsándome a callar lo que está dentro de mi alma, ó (cándidos sois si lo pensáis) a desautorizar a desprestigiar, a menoscabar un instrumento hoy de propaganda; mañana, muy pronto, seguramente, de gobierno. Yo, emplazado en la liza, a sila voz; a mí no me duelen las incisivas alusiones del señor conde de Romanones ni las vehemencias, acaso jamás igualadas, del Sr. Moret en la mañana de hoy. No; frente a frente, no temo ni rehuyo nada. Cuando alguna vez sentí el frío del acero en mi espalda, entonces me indigné. (Grandes aplausos.)

¿Qué habéis querido hacer de mí? ¿Cómo habéis querido presentarme ante el juicio público? ¿Cómo me trataba el Sr. Moret? En su antiguo rencor, en su enojo, piadoso me ofrece la mano para que salga del abismo de indignidad en que supone que he caído. No la acepto; esa mano, ofrecida así, no me honra, me escarnece. Yo diré a mi país desde esta tribuna parlamentaria, a los que hablan aquí y a los que, sin conocerme y sin razón, debiendo haberme conocido, escriben juzgándome fuera de aquí, que no he renegado de una sola idea, de un solo concepto, de una sola frase, de un solo matiz, de cuanto he dicho y escrito desde hace dos años; pero esta, vehementemente, arrogante, jactanciosa, exhibición de una vanidad personal, si no fuese luego secuestrada por la incorporación de estos convencimientos a la misma obra de gobierno a que ayudo, fuera falsa hipocresía que vosotros castigaríais con vuestro desdén, si antes no la hubiera yo mismo castigado con mi propio desprecio.

Señores: haced memoria, tengámosla todos. No puedo, no quiero, no debo decir una sola palabra acerca de los sucesos realizables antes de la tarde, para mí memorable, en que el ilustre Montero Ríos me dispensó el honor de llamarme a su casa para conferenciar con el general López Domínguez. A eso no tengo derecho, no estaba entre vosotros; el no estar me producía pena; el haber estado fué honor que siempre recuerdo; el haber servido a las órdenes del Sr. Sagasta, uno de mis títu-

RAZÓN Y FUERZA

Por Francisco de A. Cabrera

Esta obra, encuadernada cuidadosamente en tela inglesa, con vietas de oro y colores, se compone de cerca de 1.000 páginas folio, papel superior e ilustrada con más de 400 grabados y fotografías.
Es una novela histórica muy interesante de la vida y costumbres de Cuba.
Se han hecho tres ediciones de esta obra y se han vendido más de 8.000 ejemplares.
La obra vale 12 pesetas, franca de porte.
Los pedidos á su autor, D. Francisco de A. Cabrera, Villa Amelina, BENISA.

ROSENDO MOLINA

Calle Dolores.—Occentaina

Establecimiento de alta novedad en paños catalanes
Gran surtido de mantas de todas clases, á precios de fábrica
Los géneros que vende Rosendo Molina están sumamente acreditados en toda la provincia por su buena calidad, baratura y duración.—Establecimiento calle Dolores.—COCENTAINA

Dentista.-D. Bartolomé Molleja

Cirujano-dentista.--BENISA

GRAN CASA PARA VIAJEROS

DE LA

SEÑORA VIUDA DE SAMPER

San Fernando, 25, ALICANTE

Magníficas habitaciones elegantemente decoradas con preciosas vistas á los principales paseos y al mar.
Es el punto más céntrico y hermoso de la capital.—Coche á todos los trenes.—Se habla francés é inglés.—Excelente trato.—Precios económicos.

Andrés Castells Ivars

ALBAÑIL

Especialista en enlucidos, terrados y demás obras hidráulicas. La enseñanza en el extranjero le ha hecho poseedor de conocimientos especiales que evitan en sus enlucidos el salobre y la filtración de agua, tan impermeable, que el agua no puede filtrarse.
Es autor del enlucido ó granito, titulado granito de oro y color piedra.
Dirigirse á su nombre, calle de San Antonio 29, Benisa.

ABONOS QUÍMICOS

DE

Francisco de A. Cabrera

BENISA

Almacenes de guanos para el cultivo de trigos, viñas, escabel, alfalfa, maíz, arroz, olivos, almendros, hortalizas.
Precios los más económicos.
Análisis garantizados.
Los sacos son de quintal y de 75 kilos, según se pidan.
Los resultados que han dado los guanos del Sr. Cabrera, en los últimos años, en los cuales ha perfeccionado su fabricación, son públicos en los pueblos de la agricultura comarca de la Marina.

Depósito de Básculas

ANTONIO PEDRÓS GATA

Hay existencias de dos tamaños de básculas: la mayor que admite hasta el peso de 200 kilos sobre los flejes de armazón y la de menor tamaño inferior que resisten hasta 75 kilos.
Perfecta construcción, resistencia y economía.
Las mayores solo valen 37,50 pesetas.—Las inferiores, 27,50 ídem.

Agencia General de Transportes
Comisiones, consignaciones, tránsitos, embarques y representaciones

Terol, Samper y Compañía

Despachos de Aduana.
Transportes de domicilio á domicilio.—Compra y venta de toda clase de géneros.—Despacho: Jorge Juan, 5.—Alcázar

El Centinela

Sr. D.

Andrés Rojas Jerez

PRACTICANTE EN MEDICINA Y CIRUJÍA, CON TÍTULO
Extrae, limpia y empasta muelas.
Pinos—BENISA

BAUTISTA LLORIT

Calle de San Salvador.—BENISA

En este taller se venden, se trabajan y se componen toda clase de objetos de plata y oro á precios reducidos.
Prontitud y esmero.—San Salvador.—BENISA.

Taller Fotográfico

DE

Cayetano Cervera Pineda

Plaza de la Constitución.—BENISA
Se hacen ampliaciones al lápiz.

IMPRENTA DE REUS

ALICANTE

Plaza de Isabel II, núm. 6 (Junto á Correos)

Confección pronta y esmerada de cuantos trabajos se relacionan con este ramo

Yo no os permito (el verbo permitir lo empleo en términos paraincentivos) que andéis diciendo por ahí que yo había prometido el arbitraje obligatorio, y la jornada máxima, y el salario mínimo. No; yo no prometí eso jamás desde el banco azul ni desde la *Gaceta*; dije otras cosas, que serán, en el orden doctrinal, más graves que esas; pero en las conclusiones prácticas no me referí á ello. Hablé como el señor conde de Romanones hablaba, y lo apliqué al pretérito con más razón que me lo aplicáis á mí, de que eso de las Asociaciones religiosas había que reducirlo á su mínima expresión, á lo indispensable, si es que en esa materia ó en esa cosa hay algo indispensable; concepto que ayer rectificó en el *Diario de las Sesiones*. (Risas.)
No; yo no dije jamás que abominaba de la religión católica ni de las doctrinas espirituales de la religión católica; pero tampoco el conde de Romanones tenía razón para decir burlescamente que algunos párrafos de mis discursos fueran, ó una homilía, ó un sermón. No; yo creo, yo he creído siempre, yo he profesado delante de las masas republicanas y anticlericales de Valencia, y lo he dicho en todas partes, que el sedimento que deja la educación religiosa, en los primeros días de la vida, en el seno de la conciencia, aquel despertar de la voluntad y del sentimiento al arrullo de la madre amorosa; lo que se rezó y se creyó en los primeros días de la vida; lo que se extiende y se dilata por la conciencia colectiva para despertar esos gérmenes de bondad y de perfección ideal (Muy bien; ruidosos aplausos), eso es una fuerza inmensa, la primera de las fuerzas en todas las mecánicas sociales. La sociedad que reniega de Dios, reniega del progreso y la justicia, de la virtud y del bien.
Yo no he sido jamás materialista, ni ateo; pero decir lo que dije y hoy repito, que equivale á suponer que sea la religión, la invocación religiosa, manto que cubra todas las codicias y las imperfecciones humanas, fuente de explotación inicu, agente destructor de toda libertad de un país, en vez de ser atracción misteriosa, por la cual ganan las almas y las conciencias su más alta finalidad? Eso no, eso no lo he pensado yo jamás. Sed leales en las referencias. (Muy bien; aplausos.)
Yo os suplicaría que me dejais algún espacio, no me atrevo á pedir, sino que lo suplico, porque estamos en un régimen también que nos obliga á venir á las tres, y yo comprendo que os molestaría demasiado si pidiera la prórroga de la sesión; pero os suplico cinco minutos de atención, y me anticipo á la bondadosa actitud del señor presidente, que tanto agradezco, tomando esta iniciativa.
El PRESIDENTE: Yo haré aquello que á su señoría le convenga; pero debo advertirle que se va á terminar esta parte de la sesión. Si su señoría quiere, y me parece lo más natural, suspenderé la sesión y seguirá mañana su señoría; y si desea

lo contrario, prorrogaré la sesión.
El Sr. CANALEJAS: Si me lo permiten el digno señor presidente y la Cámara hablaré, repito, cinco minutos para redondear un concepto, continuando mañana en el uso de la palabra.
El Sr. PRESIDENTE: Lo que á S. S. le sea más agradable.
El Sr. CANALEJAS: Tendré que hablar mañana, y tendré que hablar extensamente; y si os fatigo, perdonadme. (Muchos señores diputados: No, no.) Pero se me ha tratado con una injusticia y se me ha querido llevar por un camino en el cual yo no quedaria satisfecho de mí si no pulverizara, que á eso aspiro, á mi adversario rencoroso y hábil.
Voy, para terminar esta parte del discurso, á deciros que de ese programa no tenéis que pedirme cuentas á mí, sino á vosotros; porque si cuando yo empecé esa propaganda, en vez de vuestro encono, hubiera encontrado siquiera vuestra simpatía, seguramente las cosas se hubieran desarrollado de otro modo.
Me dicen algunos que tengo tendencias pecaminosas de cariño y afecto á los republicanos.
¿Qué hubiera sido de mí si no me hubiesen dado calor grandes masas neutras que se sentían atraídas por mis leales promesas en el orden económico, y vuestras propias fuerzas (dirigiéndose á la minoría republicana), que, sin abdicar de las ideas, sin renegar de las convicciones, se suma-

ron para agasajarme con mis propios amigos? Esos señores que al combatirme dicen que piensan hoy ellos lo mismo que yo pensaba entonces, entonces decían que yo era un demagogo, un perturbado, una especie de anarquista escapado de alguna secta masónica.
El programa, todo lo fundamental del contenido de ese programa, está mantenido por el partido liberal democrático ahora; mantenido con honor, mantenido con dignidad para todos. Si vosotros me hubieseis ayudado no hubiera habido en toda la política liberal y democrática monárquica más verbo que aquel verbo. Me abandonasteis, me quitasteis autoridad; y al entrar en el nuevo partido yo os demostraré mañana que nada, nada de cuanto fundamental he prometido olvidé; pero si ante la necesidad de condenarme al retiro ó de contribuir á una acción de gobierno, hubiera cedido en algún matiz, en algún perfil, en algún acento, de la conducta, pues nunca de las ideas, los responsables sois vosotros. Ahora mis jueces severos: ¿Qué es eso? ¿Ayer demagogo, ayer apóstol ayer vesánico yo, y hoy demagogos, apóstoles y vesánicos, vosotros? Lo discutiremos mañana. (Muy bien. Aplausos.)
Al terminar el Sr. Canalejas su grandilocuente oración, se levantan muchos diputados de todos los lados de la Cámara y le felicitan con entusiasmo.

2008 Ministerio de Cultura